

INSERCIONES

EL LAGO ENCANTADO

Por: J. BAYONA POSADA

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen III
1936*

Ha sido costumbre en Bogotá que a las embajadas o misiones extranjeras, así como a las personas de importancia que nos visitan y a quienes se quiere agasajar, aparte de los banquetes y bailes, se les organiza un paseo al Salto de Tequendama y un almuerzo en la Salina de Zipaquirá.

Es de lamentarse que no se haya caído en la cuenta de mostrar a los ilustres huéspedes que de vez en cuando arriban a nuestra ciudad, otra maravilla natural no menos hermosa que la cascada del Funza o los salones subterráneos del Zipa. Nos referimos a la laguna denominada de PERO-PALO.

Antes de llegar a la población de Tena, por el camino de herradura que conduce a la Mesa de Juan Díaz, se desprende un sendero angosto y chafado que asciende lentamente la serranía occidental. Luego de atravesar en incontables revueltas un bosque que parece no tener término, el viajero halla de pronto, escondido como en un cuento de hadas, un reducido valle, ocupado casi en su totalidad por el lago a que nos referimos y que con toda propiedad puede calificarse de encantado.

Su extensión no es grande. Apenas medirá cuatro o cinco hectáreas; y, aun cuando casi circular, posee varios recodos que forman otros tantos remansos de misterio y belleza.

La superficie ocupada por el agua está bordeada por tupidas y elevadas arboledas que la circundan como estrecho anillo de verdura. En el espacio comprendido entre el bosque y la orilla parece que la naturaleza se hubiera complacido en mostrar su exuberancia y lozanía. Las plantas, helechos y palmas de todos los climas, se entremezclan en increíble fraternidad y las variadas enredaderas van de un lugar a otro, se abrazan a los troncos, decoran los peñascos, cuelgan festones de los ramajes y estallan por donde quiera en campanillas bermejas, estrellas azules, botones gualdas y flores lilas como si quisieran competir en número con las múltiples corolas de todos los matices que esmaltan las riberas en apretados haces.

El agua tiene una limpidez absoluta, una transparencia única que recuerda la de la ciudad

de Alejandría, de la cual dijo el poeta que un vaso lleno parecía no estarlo; y encerrada en el maravilloso cuenco de sus orillas posee todos los reflejos del iris.

Hay momentos en que el lago, al que las frondas que lo enmarcan hacen oscuro, fulge como una esmeralda pálida. Cuando las miradas quieren penetrar hasta su fondo para sorprender los palacios de oro que los moradores de las regiones inmediatas aseguran haber visto, el agua, a la manera de un cambiante retazo de seda tornasol, se trueca en un zafiro que poco a poco apaga sus tintes oscuros para ostentar la diafanidad de la turquesa, o los aviva lentamente hasta lucir tonalidades de amatista o diluidas inundaciones de rubí.

Afirman los entendidos en asuntos geológicos que la profundidad de esa laguna mide centenares de metros, y que su situación excepcional y su rara conformación demuestran que su fondo lo constituye el cráter de un volcán apagado.

Asimismo, corren de boca en boca, entre los indígenas de las vecindades, interesantes leyendas sobre el origen del lago. Es tan imponente la belleza de las aguas, tan recatada su soledad y tan grande su misterio, que el espíritu menos dado a la fantasía, al contemplar la líquida esmeralda no puede menos de aventurar la mente por esa ventana que se abre hacia lo desconocido. Contemplando el cerúleo espejo, el alma se contagia de la ilusión que a todo envuelve en aquel lugar, y ve de pronto que de entre uno de esos recodos maravillosos surge un grupo de ondinas evanescentes y que sobre la superficie cristalina boga, como una encarnación de quimera, el cisne immaculado de Lohengrin.

Rememorando los atractivos del encantador paraje, hemos pensado en la conveniencia de que sus propietarios facilitaran, por medio de un camino más práctico, el acceso al lago e hicieran de él un lugar de turismo y la exhibición de una de nuestras mejores maravillas naturales. Pero, al propio tiempo, nos ha ocurrido meditar en que si tal cosa aconteciera se perdería el atractivo del lugar. Al hacer público el sitio maravilloso, los espontáneos jardines de las riberas se verían pateados por los tumultos de curiosos inconscientes. En lugar de helechos y flores veríamos empaques de conservas alimenticias. Sobre los árboles, en lugar de las bellas enredaderas, contemplaríamos anuncios de específicos. Las aguas serías enturbiadas por los remos que desde pintarrajeadas lanchas manejarían parejas de enamorados ebrios. En lugar del silencio y la soledad características del lugar, pulularían los automóviles asordando el espacio con los gruñidos de sus sirenas se infestando el ambiente con gasolina quemada....

Y, al considerar semejante profanación, apartamos de nuestra mente la idea de hacer del lago un sitio propicio a la vulgaridad, y nos domina el deseo de que el maravilloso paraje continúe, como hasta ahora, inaccesible para las mayorías y escondido en lo más elevado de la cordillera, como un desconocido rincón de ensueño, de belleza y de paz...

